

# Circunloquio en torno al héroe.

Bernardo Ortiz Campo

## 1.

Alguien dice “vivimos hoy en la época de la simulación toda discusión en torno a la representación carece de sentido”. En mi imaginación he empezado mil veces este texto con esa frase. La estoy utilizando como un mecanismo neutralizador, como anticipando cierto tipo de crítica que se le puede hacer a lo que sigue. Es que lo que sigue se refiere a problemas muy viejos, muy conocidos, muy comentados. Tanto, que parecerá imposible agregarles algo nuevo. Y, por eso, es posible que alguien lo pueda calificar de “anacrónico”.

El asunto empieza, esta vez, de la siguiente manera: un ejercicio de dibujo sobre la falsificación y un comentario a la figura del héroe. Un profesor de dibujo invita a sus alumnos a falsificar manualmente una estampilla. Deben enviarle una postal con la estampilla falsa. En la medida en que la postal llegue a su destino el ejercicio del estudiante será exitoso. “¿Del héroe?”, pregunta la misma persona, “¿Por qué la figura del héroe?, ¿no es ese un problema superado?”. Yo me pregunto por la falsificación y la figura del héroe. Por alguna razón las dos cosas se contaminan mutuamente. Pienso en una y gradualmente termino pensando en la otra, y en ese tránsito el límite entre las dos se hace confuso. Esto está siendo escrito para registrar ese extraño tránsito. Para describirlo.

## 2.

Sentido o intercambio. Arte o comercio. Esta parece ser una *disyuntiva ética* sobre la que descansa la práctica artística desde el romanticismo: se está ante una Obra de Arte, escrita así, en mayúsculas, en la medida en que estar parado allí frente al artefacto cobra sentido. De no haber sentido lo único que puede acontecer es un intercambio, una transacción comercial. El valor de la obra de arte, esta vez en minúsculas, es traducido en términos de bien de consumo y la obra “deviene mercancía” para usar la jerga usual. Tiene precio.

En la disyuntiva, sin embargo, hay implícita una premisa que pasa sorprendentemente desapercibida. Se asume que el intercambio económico no le agrega sentido a la obra de arte. Ese aislamiento, sospechoso, del sentido y el intercambio es fundamental para entender el funcionamiento de la institucionalidad artística. Lo que sería interesante preguntar es ¿qué oculta ese aislamiento?

El asunto se puede simplificar. Es posible decir tajantemente que las vanguardias artísticas han privilegiado el sentido sobre el intercambio y la institucionalidad burguesa ha privilegiado el intercambio sobre el sentido. En otras palabras, que el arte es acerca del sentido y el mercado acerca del intercambio. Esta división traza un vector político en el asunto. Esto explica también porqué el mercado se ve como un canal neutro y ajeno al arte. Después de todo, si el intercambio no agrega sentido, como se ha asumido, el mercado no puede ser más que eso: un medio a través del cual circula el arte. Pero claro, el recurso retórico de simplificar de esta forma el legado romántico —*porque fue el romanticismo el que abondó en esta dicotomía*— permite anticipar un ataque a esa disyuntiva ética. Tal vez anticipará el lector un reemplazo de esa disyuntiva por otra. “Tal vez más acorde con nuestro tiempo” insiste la voz que introduce en el primer párrafo.

Pero un esfuerzo de esa magnitud es imposible. El romanticismo parece insuperable, sobre todo porque el deseo de superarlo es ya una actitud romántica. Al menos desde esta hoja de papel. El asunto que me ocupa es más modesto, mucho más modesto. La disyuntiva permanecerá allí. Sólo trataré de matizar el asunto. Complicarlo más. “¿Complicarlo más?”

## 3.

1968. Feria de arte comercial de Colonia. Galería Michel Werner. Un artista, Marcel Broodthaers, ha ofrecido al público (comprador) un lingote de oro. El lingote ha sido marcado con la figura de un águila. Según las instrucciones del artista, el lingote deberá



venderse al doble de la cotización bursátil del oro aquel día. Una mitad de este precio corresponde al valor del oro y la otra mitad al valor de ese lingote como obra de arte. Es una feria comercial de arte.

El precio es lo que le da sentido, como obra de arte, a este lingote. La afirmación es arriesgada. Aceptarla implica desbaratar la premisa implícita en la concepción romántica de la práctica artística. Lo que a su vez podría implicar una redefinición del concepto ‘arte’.<sup>1</sup> Propongo no entrar aquí en ese terreno incierto. Prefiero imaginar la siguiente situación: alguien, un incauto si se quiere, compra el lingote al precio que Broodthaers ha establecido. Yo diría que esa transacción le da sentido al lingote como obra de arte. ¿Por qué?

*(Supongamos que)* Alguien compra el lingote

**Vía positiva.** Tomaré una vía positiva. *El lingote es una obra de arte porque, al ser comprado, alguien (el comprador) acepta la declaración de valor que había emitido el artista (una mitad del precio corresponde al valor del oro, y la otra mitad al valor de ese lingote como obra de arte).* Es decir, la transacción económica pone a circular el lingote dentro de un sistema cultural que está continuamente señalando qué es arte y qué no lo es. Por supuesto, la transacción económica no es la única vía para entrar en ese ‘juego’.

**Vía negativa.** Tomaré la vía negativa. *Broodthaers no es más que un estafador.* Logra inflar el valor de un pedazo de oro. Lo hace valer más de lo que el mercado dice que vale. Eso es todo. Se vale del ‘tinglado’ artístico para especular con el valor del oro. (¡Nada menos —ni nada más— que con el valor del oro!). ¿No requiere este fenomenal malabarismo de todo el arte del sofista?

“Hip.—Ciertamente, Sócrates, no hay cosa más sencilla que darle una respuesta, si él busca qué cosa es lo bello con lo que se adornan todas las demás cosas y aparecen bellas al añadirse las esto. En efecto, este hombre es muy simple y no entiende nada de objetos bellos. Si le respondes que lo bello por lo que él pregunta no es otra cosa que el oro, se quedará confuso y no intentará refutarte. Pues todos sabemos que a lo que esto se añade, aunque antes pareciera feo, al adornarse con oro, aparece bello.”

(PLATÓN, *Hippias mayor* 289e)

En algo, creo, se puede estar de acuerdo. El lingote de Broodthaers es un gesto. Este rótulo me evitará problemas. *Me permitirá mantener las dos vías abiertas.* Establecer su condición de gesto no es incompatible con otras afirmaciones como por ejemplo “es una obra de arte” o “es una estafa”. Pero mantener antes que nada su carácter de gesto,

<sup>1</sup> Aunque, por supuesto, cabe preguntarse si existe un concepto ‘arte’. O al menos si esa palabra tiene el mismo tipo de uso que la palabra ‘silla’ o la palabra ‘mesa’.

permite suspender las otras afirmaciones en el terreno fértil de la duda (¿es una obra de arte?, ¿es una estafa?). Y es desde este terreno que el gesto resulta provechoso.

#### 4.

Tomando ya la vía positiva o ya la vía negativa que describí antes, el lingote de Broodthaers siempre termina haciendo patente la cuestión fundamental: ¿es o no arte? Y detrás de esa pregunta se esconde la pregunta: ¿qué es arte? Pero ante esta a veces es preferible dar media vuelta y caminar en otra dirección.

Aún si se acepta como obra de arte, o se descalifica como estafa, el gesto de Broodthaers tiene la cualidad de jugar con la definición de arte. De entrada una definición de 'Arte' se topa con un problema: los diversos usos que tiene la palabra 'arte'. Es pertinente establecer dos de esos usos. El primero es el uso de la palabra arte como criterio clasificatorio. Es decir la palabra 'arte' se usa para clasificar ciertos objetos o actividades. El segundo es el uso de la palabra 'arte' para valorar ciertos objetos o actividades. En este caso, si algo es 'arte' es valioso. Por supuesto ambos casos están íntimamente ligados y muchas veces es difícil discernir cuál de los dos usos está siendo aplicado. En el caso que nos ocupa, la palabra 'arte' se usa por la vía positiva como criterio clasificatorio y por la vía negativa como criterio evaluativo.

Pero he aquí la media vuelta que sugerí antes. Me arriesgaré a decir 'no entraré en el juego de la definición del lingote como obra de arte'. Continúo con mi estrategia de *rodeo evasivo*. ¿A dónde estoy llevando al lector?...



Quiero precisar. En el caso del lingote ¿qué es lo que trae a la mesa de disección la cuestión de *status* como obra de arte? ¿Es acaso su brillo? ¿La figura del águila? ¿Su forma? Evidentemente no. Ninguno de esos atributos contribuyen a consentir o rechazar el *status* de obra de arte para el lingote. ¿Qué papel juega entonces el lingote, como objeto, en todo este asunto?

He aquí una paradoja interesante: es cierto poco importa la materialidad del lingote. No necesito mostrar su imagen para entender de que se trata. No es necesario verlo, percibirlo para discutirlo, como si lo es una escultura de Richard Serra, por ejemplo. Pero de una forma perversa su materialidad (que sea un lingote de oro) pesa. No es lo mismo si fuera un lingote de plomo (su peso sería otro). Este perverso retorno de lo material es propiciado por las instrucciones que da el artista: el lingote debe ser vendido al doble de la cotización bursátil del oro aquel día. Una mitad de este precio corresponde al valor del oro en cuanto oro, y la otra mitad al valor del oro hecho obra de arte. Pero lo que justifica todas estas palabras y esta hoja de papel es que efectivamente alguien compre el

lingote. El lector recordará que al iniciar la discusión escribí: ‘supongamos que alguien, un incauto, si se quiere, compra el lingote’.

También había escrito antes: ‘sentido o intercambio’. Y había afirmado que, según la concepción romántica, el artista se debate entre ambos. O sentido o intercambio. Resistirse al intercambio es un acto heroico. Con el lingote sucede algo interesante: el intercambio es lo que produce sentido. En el precio del lingote se encuentra el poder potencialmente significador del gesto y la transacción es lo que desencadena su significación.<sup>2</sup> El artista ha sido preciso: la mitad de su precio representa su ‘materialidad’ (que sea oro), la otra mitad su ‘artisticidad’ [sic.] (que sea arte). La disyuntiva ‘sentido o intercambio’ colapsa.

Pero antes de saludar triunfalmente a Broodthaers como la persona que liberó a los artistas de este terrible peso, antes de que se justifique en nombre suyo todo tipo de despropósitos cabe preguntarse si esa disyuntiva es (¿era?) una representación adecuada del problema. Es posible creer que el problema se reduce a un acto de voluntad. A una toma de decisión: o se es ‘artista verdadero’ (que produce sentido) o se es un ‘artista comercial’ (que produce objetos de intercambio, mercancía). Pero el lingote de Broodthaers nos revela cómo toda la tramoya discursiva que rodea la producción y el consumo (o creación y contemplación) de una obra de arte es el producto de la tensión entre sentido e intercambio. De cierta manera no es posible el uno sin el otro.

## 5.

Una pintura exhibida en una galería para ser vendida. Por un lado está el objeto a ser vendido, el cuadro: un bastidor de madera sobre el cuál se temple una tela y al que se agrega pintura. Junto a este objeto, un pedazo de cartulina: la ficha técnica que lo identifica. Le atribuye un título, un tamaño, una fecha de creación, unos materiales y un precio. El objeto mismo puede constatar empíricamente algunos de estos datos, otros (el título y el precio, por ejemplo) se inscriben en una red compleja de interacción social.

El cuadro parece ser el origen de esta ficha técnica. Este pedazo de cartulina es un simple apéndice del cuadro. Y por ser apéndice es innecesario para la producción de sentido, para ello basta con pararse frente al cuadro. Sería muy simple empezar ahora a sumar argumentos. Si ya dije que el lingote es el marco y que su precio (ficha técnica) detona el sentido, una vez que se produce la compra se podría deducir, que el cuadro es

---

<sup>2</sup> La inflación. ¿Qué implica especular con oro? Especular, espejos. Juego de espejos. Acto de *vaudeville*. ¿Dónde está la bolita? El arte y la magia. El truco. Hacer hablar algo de otra cosa que no es ella misma.

apéndice de la ficha técnica. Aunque proponer esta tesis produciría un agradable efecto de simetría en este escrito, vale la pena resistirse.

Porque lo que plantea el lingote, a mi modo de ver, no es la simple inversión de lugares. Más bien el lingote descubre la íntima relación entre sentido e intercambio. La disyuntiva sentido/intercambio es reemplazada por un *continuum* que va del uno al otro, del sentido al intercambio. El gesto de Broodthaers permite ver que el campo de significación de la obra de arte puede ser más amplio (y más complejo). El lingote es como una especie de *vanitas* que revela el funcionamiento de todo el mecanismo.

## 6.

Desde este reemplazo se puede plantear entonces la figura del artista como héroe. Porque la relevancia de la obra de arte no es únicamente fruto de la voluntad del artista. Es decir, la compleja construcción cultural que denominamos 'obra de arte' no tiene un origen único en la voluntad del artista. Más bien la voluntad del artista es apenas uno de los factores que 'originan' una obra de arte. En ese sentido las 'rupturas' se van configurando en la medida en que las obras de arte son interpretadas y reinterpretadas continuamente. Igualmente la desaparición de un origen único deshace la pretensión de verdad ideal que tiene la obra de arte. El problema de la verdad sería entonces un problema interpretativo y simbólico y no un problema de desnudar esencias. Es decir se parece más a pelar una cebolla que a tallar un diamante.

Volviendo al lingote de Broodthaers, este vale el doble de su peso en oros sólo mientras es arte. Pero esa condición es sumamente frágil. Es un hechizo que puede romperse fácilmente. Queda roto cuando no se da el intercambio.

Sóc.— Querido Hippias, tú eres bienaventurado porque sabes en qué un hombre debe ocuparse y porque lo practicas adecuadamente, según dices. De mí, según parece, se ha apoderado un extraño destino y voy errando siempre en continua incertidumbre y, cuando yo os muestro mi necesidad a vosotros, los sabios, apenas he terminado de hablar, me insultáis con vuestras palabras. Decís lo que tú dices ahora, que me ocupo en cosas inútiles, mínimas y dignas de nada. Por otra parte, cuando, convencido por vosotros, digo lo mismo que vosotros, que es mucho mejor ser capaz de ofrecer un discurso adecuado y bello y conseguir algo en un tribunal o en cualquier otra asamblea, entonces oigo toda clase de insultos de otras personas de aquí y de este hombre que continuamente me refuta. Es precisamente un familiar muy próximo y vive en mi casa. En efecto, en cuanto entro en casa y me oye decir esto, me pregunta si no me da vergüenza atreverme a hablar de ocupaciones bellas y ser refutado manifiestamente acerca de lo bello, porque ni siquiera sé qué es realmente lo bello. «En verdad, me dice él, ¿cómo vas tú a saber si un discurso está hecho bellamente o no, u otra cosa cualquiera, si ignoras lo bello? Y cuando te encuentras con esta ignorancia, ¿crees tú que vale más la vida

que la muerte?» Me sucede, como digo, recibir a la vez vuestros insultos y reproches y los de él. Pero quizá es necesario soportar todo esto: no hay nada extraño en que esto pueda serme provechoso. Ciertamente, Hippias, me parece que me ha sido beneficiosa la conversación con uno y otro de vosotros. Creo que entiendo el sentido del proverbio que dice: «Lo bello es difícil.»

(PLATÓN, Hippias mayor 304c-e)

## Referencias

PLATÓN. “Hippias mayor”. *Diálogos* v. III. Trad. J. Calonge. Madrid: Gredos. 1981.

v. 1.0

Si encuentra algún error, por favor mande un mensaje, indicando la versión y el número de página a:

bernardo@fabricaciones.org

Utilice el espacio en el margen derecho para hacer anotaciones.

**Creative Commons  
License Deed**



Reconocimiento/  
No comercial/  
Compartir  
bajo la misma  
licencia/  
2.5/Colombia

Para mayor información consulte  
<http://creativecommons.org>